

Karina como docente y amiga en la UNJu



Federico M. Kindgard

Licenciado en Antropología, UNJu
fericokin@gmail.com

Con Karina se fue una amiga y una excelente compañera de trabajo. Durante tres años me acompañó en el dictado de Antropología de las Sociedades Complejas. Su llegada a la cátedra significó la entrada de aire fresco y una profunda modificación en la estructura de la misma. A ella se debe el formato y la mayor parte del contenido actual de la parte de arqueología. Al proponerla como docente auxiliar tuve en cuenta principalmente su experiencia en el seminario de Arqueología de la Complejidad, a cargo de Axel Nielsen, en el que se desempeñó también como docente auxiliar. Su mirada crítica hacia los problemas que ocupan a la arqueología actual, tanto en el aspecto del estado del conocimiento a nivel global como en cuanto a la situación que se plantea a nivel local y regional, me mostraron que fue una decisión acertada.

Tuvo a su cargo, principalmente, la organización y seguimiento de los trabajos prácticos de la parte de arqueología; en ellos mostró sus dotes para la docencia, estableciendo siempre una relación cercana con los alumnos sin resignar su autoridad como parte del plantel docente, autoridad que basaba siempre en el conocimiento, en la actitud crítica y abierta hacia el planteo de nuevos problemas, en el abordaje de nuevas perspectivas y en su dedicación y responsabilidad hacia los alumnos. Como adivinan quienes la conocieron, al trabajo no aportó solamente conocimiento, fue para mí también una compañera y amiga y lo fue para los alumnos que trabajaron con ella. Por supuesto que la contribución a la creación de un clima cordial y de diálogo es una virtud inestimable en la tarea docente. Todo esto lo hizo en estos tres últimos años, conociendo su estado de salud y la gravedad de la enfermedad que la afectaba. Si sumo a esto el hecho de que como todos los docentes de dedicación simple repartía su tiempo en otros dos trabajos no pueden quedarme más que palabras de agradecimiento y admiración.

Lo dicho hasta acá vale para contar cómo la conocí en tanto compañera de trabajo. Como amiga la conocí mucho antes, a principios de la década de los 90, cuando todavía estudiaba antropología. La recuerdo como una estudiante muy entusiasta y dada a las discusiones teóricas y políticas con las que buscábamos encaminar nuestra actividad sin perder el rumbo. Ese entusiasmo que la acompañó hasta el final. Siempre guardaré un grato recuerdo de los momentos que pasé con ella.



Karina Menacho y Malena Vázquez. Santiago K, Nor Lípez, Bolivia (ca. 2000).
Fotografía de Lucio Boschi.

Recordando a Karina Menacho



Axel E. Nielsen

Doctor en Arqueología, INAPL; Conicet
axelnielsen@gmail.com



De izquierda a derecha:
Karina Menacho, Carlos
Angiorama, Malena Vázquez
y Axel Nielsen. Santiago K,
Nor Lipez, Bolivia (ca. 2000).
Fotografía de Lucio Boschi.

Conocí a Karina Menacho en la primavera de 1992, a sus 21 años, cuando vino a colaborar en las excavaciones arqueológicas que por entonces comenzábamos en Los Amarillos (quebrada de Yakoraite, Tilcara). Recuerdo su sonrisa blanca y radiante recortada contra el rostro oscuro de tierra y carbón, mientras registraba minuciosamente la zaranda en busca de pequeñas cuentas de collar que salían en abundancia de aquel contexto. Sus compañeros en la carrera de antropología de la Universidad Nacional de Jujuy me habían contado con admiración que ella ya andaba por la zona realizando labores etnográficas para una asignatura en la remota comunidad de Volcán de Yakoraite, a donde llegaba periódicamente caminando o a bordo de algún vehículo que acercaba a los maestros. Desde entonces, dos cualidades de Karina fueron evidentes para mí: su pasión por la investigación y su profundo interés por la gente del campo.

Durante más de diez años, a partir de aquellos momentos, compartimos una intensa labor de terreno que comenzó en la quebrada de Humahuaca pero rápidamente se extendió a las lagunas Altoandinas y al altiplano de Lipez en Bolivia. Así pude comprobar que su pasión era inmune a la incomodidad, el cansancio, la oscuridad, el frío y otras adversidades. De hecho, fue ella quien –riéndose de tanto entusiasmo– nos apodó “el escuadrón suicida”. Entre bromas, entendíamos que el campo ofrecía oportunidades únicas para la reflexión y la producción de nuevas ideas, por lo que sentíamos que cada instante merecía ser intensamente aprovechado.

Estos viajes nos obsequiaron también la amistad de mucha gente en las comunidades rurales de Yakoraite, Cerrillos, Santiago K y Quetena, quienes compartieron generosamente con nosotros sus casas, conocimientos y costumbres. Creo que en estas experiencias floreció su curiosidad y empatía con los campesinos andinos, quienes interesaban a Karina tanto como las preguntas arqueológicas que tratábamos de responder. Así fue que surgió, naturalmente diría, la investigación con que obtuvo su licenciatura en antropología (UNJu, 2001), en la que combinó el trabajo etnográfico entre los pastores de la puna de Rinconada con los interrogantes que planteaba la cerámica prehispánica en cuyo análisis se había especializado. Los resultados de ese proyecto son un aporte significativo a los estudios de alfarería arqueológica –Menacho,

Karina A. (2002). “Etnoarqueología de trayectorias de vida de vasijas cerámicas y modo de vida pastoril”. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVI*: 119-144. Menacho, Karina A. (2007). “Etnoarqueología y estudios sobre funcionalidad cerámica: aportes a partir de un caso de estudio”. En *Intersecciones en Antropología 8*: 15-27– y marcan líneas de trabajo novedosas que ella misma comenzó a desarrollar en los últimos años, como parte de su investigación doctoral en la Universidad Nacional de Córdoba.

Karina mantuvo ese doble interés por la arqueología y la antropología, el pasado y el presente, durante toda su carrera profesional. Ejerció la docencia tanto en la Universidad (UNJu) como en espacios de educación no formal creados por la Provincia en la Quebrada y la Puna. También trabajó activamente en promover la gestión participativa de los bienes culturales, como miembro de la Unidad de Gestión de la quebrada de Humahuaca primero, y luego desde el Programa Social Agropecuario, que la llevó nuevamente a Yakoraite para colaborar con la comunidad en distintos proyectos de desarrollo. Allí retomó también sus trabajos sobre historia oral, un tema que había explorado en algunas oportunidades y para el que poseía especial talento.

Karina fue una investigadora apasionada, sensible y comprometida y una compañera alegre y solidaria. No imagino mejor forma de recordarla que honrar estos valores.

Karina



María Ester Albeck

Doctora en Arqueología, UNJu; Conicet
malbeck52@gmail.com



Karina Menacho en una reunión familiar.

Por elección, su vida no fue fácil. Tal vez por eso era una eximia luchadora.

Sus principios, inamovibles.

Inmersa en una sociedad de valores mediocres, se mantuvo íntegra, rodeada de un entorno donde el camino ligero, la corrupción, la envidia y el oportunismo son moneda corriente.

No optó por una vía sencilla en su andar por la vida.

No se intimidaba ni rendía. Leal con amigos y compañeros de trabajo, fue implacable con quienes no tenían o habían perdido su respeto.

Dotada de buen criterio, trabajadora, poseedora de una mente brillante.

Excelente guía de los jóvenes que la asistían en sus tareas, crítica de sus superiores en el ámbito laboral. Una gran ayuda.

En vías de ser una excelente formadora, tanto en lo laboral como académico, no pudo llegar, tan solo marcó la huella a seguir.

Campechana, directa y sencilla.

Tuvo una envidiable capacidad para interactuar con los demás, aún en ámbitos muy alejados y aislados de la geografía andina. Los paisajes y la gente que tanto amó.

Dueña de una personalidad distintiva.

Alegre, optimista y ocurrente. Todo afrontaba con humor. Aún en los trances más difíciles lograba disparar una nota graciosa que lograba romper un clima negativo u opresor.

Sociable, bromista y divertida.

Llena de vida. Su risa y carcajadas contagiaban al entorno. Adorada por jóvenes y chicos, sobrinos reales y postizos festejaban su presencia. Había fiesta a su alrededor.

Entre adultos, compartir unas "birras" era ocasión de soltar un frondoso anecdotario. El prontuario propio y el de colegas, alumnos, jefes y compañeros de trabajo era relatado con gracia y agudeza. Nada pasaba desapercibido ante sus ojos.

Su partida, demasiado prematura.

Su obra, inconclusa, irrecuperable tal vez. Un legado que no fue.

El mayor vacío:

SU RADIANTE Y HERMOSA SONRISA.



Santiago K. Nor López, Bolivia (ca.2000). Fotografía de Lucio Boschi.